

Agustín Yáñez: La cuestión del mestizaje

Jean Franco
Agregado Cultural Embajada de Francia

Remedando a Honorato de Balzac en 1842, quien por primera vez intuye la existencia orgánica del conjunto de sus obras que hasta la fecha aparecían sueltas, marcadas solamente por la recurrencia de algunas figuras novelescas,¹ Agustín Yáñez presenta en 1968 el balance de su medio siglo de actividad literaria, reproducido en la *Memoria de El Colegio Nacional*² bajo el título de “Perseverancia final”, con un cuadro de las novelas publicadas y de los textos en proyecto, ordenados por series. Visión global bastante completa por cuanto sólo aparecerán, posteriormente a 1968, *Las vueltas del tiempo*³ y *La ladera dorada*.⁴ Yáñez testimonia su deseo fundamental de documentar la realidad mexicana bajo todos sus aspectos:

Afloraba, con preeminencia, el anhelo de reunir y completar orgánicamente los estudios encaminados a demostrar que la expresión literaria es instrumento insustituible para fijar la realidad nacional, de modo superior a los de la historia, la sociología, la geografía humana y económica, la estadística.⁵

No es concepto nuevo en él como lo demuestran otros textos anteriores de reflexión sobre el propio quehacer literario, ya desde 1944 en una ponencia presentada en El Colegio de México, “El contenido social de la literatura iberoamericana”,⁶ o en 1952, en el discurso de ingreso en El Colegio Nacional, “La literatura como testimonio de la realidad nacional”. Enlazando las novelas se logra una radiografía del país, “un retrato de México, una forma de Comedia Mexicana, que conjuntando realidad e imaginación

1. Balzac redactó el prefacio simbólico a petición del editor Jules Hetzel. En él cobraba conciencia de la organización estructural de su “Comedia humana”, que se había ido fraguando de modo espontáneo al paso cada vez más precipitado de novelas. Cada una de éstas venía centrada en un personaje clave, el cual volvía a aparecer como figura episódica o secundaria en libros posteriores. La toma de conciencia de Balzac de la unidad orgánica de sus novelas lo obligará a sistematizar su intuición y a rastrear en otros estratos de la sociedad. Tarea ingente y desmedida que lo ocupará nueve años más, hasta su muerte en 1851.

2. *Memoria de El Colegio Nacional*. México: El Colegio Nacional, t. vi, núm. 2 y 3, 1967 y 1968.

3. *Las vueltas del tiempo*. México: Joaquín Mortiz. En realidad, la novela se escribió inmediatamente después de *Al filo del agua* y se conservó inédita por “prudencia política” pues en ella se “censuraba” a Calles y a su sistema.

4. *La ladera dorada*. México: Grijalbo, 1978.

5. “Perseverancia final”, *Memoria de El Colegio Nacional*, op. cit.

6. Publicada en *Jornadas*, México: El Colegio de México, vol. 14, 1944.

7. Sobretiro de la *Memoria de El Colegio Nacional*, op.cit.

dentro de un ciclo novelesco, indagara en panorama los variados estratos de la vida nacional”.⁷ Agustín Yáñez reúne a sus novelas bajo el título general de “El plan que peleamos”, en cuatro series: “Las edades y los afectos”, “El país y la gente”, “La Historia y los tipos” y “Los oficios y las ilusiones”.

En este amplio panorama que aspira a representar la totalidad de los problemas del país quedan prácticamente ausentes los problemas indígenas. Un solo título de “Los oficios y las ilusiones” – de una novela que no llegó a escribirse – remite al parecer a la dimensión del mestizaje, que por lo demás no es secundaria en México: se trata de *Tonantzintla*, un proyecto muy avanzado si se toma en cuenta la evocación bastante precisa que de ella perfila su autor. No está de más transcribir *in extenso* la referencia que aparece en “Perseverancia final”:

Tonantzintla es el contrapunto de la ciencia pura y de la miseria humana desesperanzada; pero también del humanismo revolucionario de científicos a los que no son ajenos los dramas vividos por indios y mestizos en los bajos del villorio, muy cerca de la colina en que apuntan al cielo los telescopios del observatorio astronómico; y es también el espíritu de la belleza, que halla suntuosa realización en el barroco indígena, vegetal, frutal, de uno de los monumentos religiosos más deslumbrantes: la iglesia de Santa María Tonantzintla, y es el valle mítico de Cholula, con el señorío de su pirámide prehispánica, con la usurpación de alto santuario, con la composición armónica de las naves que componen la Capilla Real, junto a la fábrica austera de San Francisco —fortaleza—, con su dilatado atrio, su capilla abierta y sus posas de arte enérgico; y son los cientos de torres regadas en el contorno que claman toda la noche de difuntos, hasta la amanecida, cubierta de amarillas flores funerales y de senderos floridos que de la calle conducen a la principal habitación de las casas, donde los muertos hallan la *substancia* de las ofrendas, generosamente dispuestas en altares, por el culto familiar; son los cien campanarios que disparan incesante coheterío y repiques los días de su fiesta titular, a costa de privaciones populares.

Durante varios años, en otoño e invierno, he sido huésped del Observatorio; he asistido al afanoso escrutinio del cielo,

hasta la madrugada; he tenido a mano las fotografías celestiales, con su hermosura y enigmas, que no alcanzo a comprender, pese a la sabiduría de las explicaciones; resuelvo entonces quedarme con la contemplación estética y dar rienda suelta a la fantasía, bajo el estímulo de luces y sombras recogidas por la paciencia de mis doctos amigos; a la mañana bajo con ellos al pueblo donde ha muerto por atropellamiento criminal un indígena, donde agoniza un niño por falta de atención médica, igual que una mujer aúlla su parto en desamparo; bajo al pueblo donde toda endemia y epidemia tienen asiento, donde faltan agua y condiciones sanitarias, donde los caciques locales hacen sentir su voracidad y ferocidad, donde fanatismos e ignorancia ofrecen fácil pasto al abuso.

Sobre raptos y violaciones de doncellas, asesinatos y hurtos, enfermedades y necesidades, el relato traza la hecatombe perpetuada por los españoles en Cholula cuando su infausto avance conquistador. Después, acompaño a los astrónomos, matemáticos, físicos, ayudantes empeñosos del Observatorio, a reclamar justicia en la Presidencia Municipal o en la cercana capital del Estado, a promover la terminación de las nuevas escuelas, de los centros asistenciales, de las obras de ingeniería sanitaria, a procurar la reparación de daños.⁸

8. *Ibid.*, p. 289-290.

En esa novela "nonata", que hubiera centrado su temática en la antinomía entre lo científico y lo cotidiano, el indígena sólo hubiera aparecido como sombra y como paradigma de la miseria. A la joya barroca de Santa María Tonantzintla sólo se la habría presentado como símbolo abstracto de hermosura y armonía o como telón de fondo para una contemplación estética, y el indígena como soporte de lo extraño e incluso de lo exótico, mero contrapunto a un devaneo espiritual de los problemas sociales a los astronómicos. De modo que la única novela dedicada a las cuestiones indígenas no hubiera pasado probablemente de mera reflexión cultural sobre nociones estéticas.⁹

Por supuesto, no cabe levantarle pleito a Yáñez por una novela que no llegó a escribirse pero, quedándonos en los solos libros que salieron a la luz, comprobamos la relativa ausencia de la problemática indígena, lo cual resulta anómalo cuando se pretende esbozar un "retrato" de México, y más con la

9. En una entrevista que nos concedió en 1978, Yáñez nos indicó su intención de redactar además un texto sobre los "pochos", dramáticamente escindidos entre dos culturas. Y reconoció que la parte indígena quedaba prácticamente descartada en su obra porque no conocía muy bien esos medios.

10. Cf. Jean Franco. *Lectura sociocrítica de la obra novelística de Agustín Yáñez*. Guadalajara: Gobierno de Jalisco, 1988, p. 211-212.

11. Estudio preliminar, selección y notas de Agustín Yáñez. México: UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario, 2), 1939.

12. *Ibid.*, vol 31, 1942.

13. "En sus atisbos – geniales algunos por insólitos – bien desarrollados, hallaríamos materia para un libro. Tan preñados de sentido están". "Sobre lo indígena. Acotación a un prólogo, el de *Mitos indígenas*". *Letras de México*, México, vol. I, año VII, número 3, 15 de marzo 1943, p. 1-2-9.

perspectiva historicista proclamada por el autor. En las escasas ocasiones en que asoma alguna referencia a lo indígena, siempre resulta fugaz, pintoresca o secundaria, cuando no caricaturesca, como ocurre en el caso de Pablo Juárez en *Las vueltas del tiempo*.¹⁰

Esta ausencia novelística, que no carece de sentido (ya se sabe que un texto está constituido tanto por los elementos que han sido desechados como por los que han sido elegidos y los primeros son a menudo más significantes que éstos), puede ser refrendada por los numerosos escritos teóricos (128 artículos publicados en revistas o periódicos, 16 discursos editados, 19 prólogos o ediciones de obras diversas, 2 biografías dedicadas a Justo Sierra y a Las Casas) que abordan un gran acopio de temas de literatura, historia, política cultural. Se vislumbra la intención de rastrear las huellas de lo mexicano en todos los sectores pero sus *Crónicas de la Conquista*¹¹ sólo están vistas del lado de los vencedores y *Mitos indígenas*, en la misma colección del Estudiante Universitario,¹² se granjea de parte del Padre Angel María Garibay un comentario tan sorprendido como displicente.¹³ Si es cierto que Yáñez le confiere al pasado prehispánico un estatuto de cultura -lo cual no es muy común en esa época que considera, por ejemplo, que la poesía náhuatl no es verdadera poesía y que los idiomas autóctonos no se cotejan con la lengua española-, lo hace con un supuesto exclusivamente cultural teñido de cierto idealismo: le interesan predominantemente al analista jalisciense la capacidad creadora de los idiomas indígenas y la poesía que se desprende de los mitos prehispánicos, criterios que apuntan a idealizar al pasado indígena sin entenderlo.

Las culturas precolombinas, en su opinión, le legaron al México moderno tres herencias esenciales: las artes plásticas (cerámica, arquitectura, escultura y códices de gran magnificencia), los idiomas (el náhuatl "exquisito y elegantísimo", el tarasco "elegante, armonioso y propicio a la onomatopeya", el maya "eficaz, poderoso, bello y perfecto", sin hablar de la exquisitez del zapoteca, el otomí, el mixteca, el

totonaca, el matlacinga y el huasteco, entre otros, todos capaces de expresar las sutilezas del pensamiento) y las creencias religiosas (ritos y costumbres demuestran gran refinamiento de la cosmología).

Mediante estos tres rasgos definitorios, Yáñez procede a fijar el alma indígena de modo transhistórico: ésta se define por la “capacidad de abstracción”, por lo que él llama curiosamente el “realismo”,¹⁴ por la “facultad de paradoja” que lleva a conciliar los contrarios – observación ésta de mucho más fundamento —, por la flexibilidad mental emotiva, por la “facultad de desasimiento”, o sea la aptitud para abstraerse de la realidad (la famosa y errada “melancolía” indígena, que sólo existe en la mente de un observador ajeno a las realidades autóctonas, indiscifrables para él), y por la capacidad épico-lírica. Dichas disquisiciones carecen en verdad de sentido antropológico y corresponden meramente a una percepción poética, compartida por la clase dominante de los cuarenta en busca del “alma nacional”.

El valor de la aportación indígena radicaría en el criterio estético, en la capacidad poética de los indígenas, de “desconcertante originalidad”, lo cual desemboca en una incompreensión casi total: “El alma indígena – afirma Yáñez – es una persistente proyección sentimental hacia todos los rumbos y la fuerza de su fantasía crea en torno suyo un mundo de doble fondo, con doble perspectiva”.¹⁵ Hablar de poesía equivale a situarse fuera de dicho universo “misterioso” y extraño (por desconocido): la famosa melancolía, la tristeza o el estoicismo, temas trillados de los intelectuales “indigenistas” no son más que marañas, apariencias, aproximación folklórica. No basta la simpatía por el pasado prehispánico para fundar un análisis antropológico y las ilusiones poéticas empañan la correcta percepción del universo indígena.

En su intento de definir “la fisonomía real de nuestro pueblo hispanoindio, el verdadero rostro de la patria, el perfil inconfundible y sagrado de la patria”,¹⁶ no pasa por alto lo indígena pero lo falsea, y después

14. “realismo en las formas lingüísticas, realismo en las concepciones y representaciones religiosas, tremendo y absoluto realismo, el de los sacrificios humanos, el de los corazones palpitantes como sumas ofrendas dignas de lo sobrenatural; realismo en los cómputos y signos cronológicos, en los estilos de vida, suntuarios y domésticos, en la base de los símbolos mágicos empleados por aquellas gentes; realismo sostenido, minucioso, naturalista, en el cual sólo advierten algunos los aspectos groseros, insoportables a la sensibilidad cristiana”. *Mitos indígenas*. 3ª. ed. México: UNAM, 1964, p. XIV.
Concepto borroso, por no decir errado, que muy poco tiene de etnológico.

15. *Idem*.

16. Gabriel Méndez Plancarte, “Yáñez el silencioso”, Reseña bibliográfica de la primera edición de *Fray Bartolomé de Las Casas, el conquistador conquistado*, *Letras de México*, 15 de abril de 1942.

17. *Plus Ultra* (Discurso de Huelva). México: Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana, 1975, núm. 15, p. 10.

18. *Ibid.*, p. 11.

19. *Ibid.*, p. 20.

de 1942, ya casi no volverá a abordar el tema, dejando paso a una reflexión abstracta sobre el “mestizaje”. Retomará el tema treinta años después, como consta en el discurso titulado “*Plus ultra*”, pronunciado en Huelva (España) el 26 de marzo de 1975 como director de la Academia Mexicana de la Lengua.¹⁷ Por supuesto, la ocasión lo lleva a ensalzar el patrimonio común, el idioma español, “el común idioma en que nos entendemos y sentimos mutuamente, *plus ultra* de diferencias”,¹⁸ y exalta los vínculos que unen a la Vieja y a la Nueva España, fusionadas en la comunión del Verbo.

Llevado a celebrar las afinidades entre raíces ibéricas y raíces autóctonas del Nuevo Mundo, no podía dejar de enfocar la especificidad de Hispanoamérica, es decir su raigambre indígena: lo hace recurriendo a un humanismo abstracto que da al traste con la historia y los conflictos delineando un feliz mestizaje. “Las categorías constitutivas del alma hispánica y del alma indígena –acota Yáñez– se corresponden profunda, sistemáticamente”.¹⁹ Las acercan el sentido religioso de la existencia, la fuerza de abstracción metafísica, el sentido realista vinculado con la religión (el conferencista asimila la antropofagia ritual azteca con la celebración de la Eucaristía), la visión paradójica de la existencia, el estoicismo, el gusto por el boato, la capacidad en crear. Más o menos los mismos elementos de 1942. La identificación del indígena con el español en aras de una indefinida naturaleza humana parece borrar cualquier conflicto cultural y la semejanza espiritual conduce sin sobresaltos a una fusión armoniosa de seres definidos genéricamente.

Esta permanencia del pensamiento de Yáñez ne deja de plantear interrogantes. La situación de 1942 no se coteja con la de 1975: a principios de los cuarenta, el autor jalisciense participaba en la creación y definición de una conciencia colectiva (por eso intentaba “recuperar” al indígena), pero al final del sexenio echeverrista la burguesía considera que ya no hay que forjar la patria, el país ya está dado y sólo cabe

retocar, ponerlo al día. Y sin embargo, Yáñez sigue con los mismos conceptos de asimilación del indígena al que se le niega personalidad y originalidad y al que se le resta existencia genuina.

El barroco mexicano representa la encarnación de esa fusión apaciguada: en él confluyen “la concepción de la vida en opulencia y derroche, cima de riqueza renacentista, exuberancia vital, pródiga en elementos expresivos” y “el viejo espíritu autóctono, en que la exaltación religiosa, el orden político, las lenguas, las costumbres y las artes tendían al exceso de recursos ornamentales para expresar el concierto de abstracción y realismo, por otra parte tan sobrio en su concepción”. “El barroco mexicano – concluye líricamente en dicha conferencia – es preñez opulenta en punto de dar a luz la soberanía nacional”.

Se apuntará el papel relevante de los aspectos artísticos para la constitución de la nación. Las reflexiones de Yáñez revelan un etnocentrismo de asimilación muy peculiar en la empresa de la burguesía mexicana para sentar las bases de una conciencia nacional. Se necesita establecer un consenso y superar las luchas de sectores antagónicos postulando la unidad de todos los mexicanos, legitimando el liderazgo de una clase, el cual es presentado como “natural”. En los setenta, con la perpetuación asegurada en el poder, el nacionalismo cultural ya suena a fórmula huera propia de discursos y conmemoraciones.

Vale ahora ahondar un poco en el concepto de mestizaje cultural, que prevalece a partir de los treinta y que asume Agustín Yáñez. Gustavo Correa expresa el enfoque mayoritario: “Planteado el problema en el terreno cultural ya no se trata simplemente de reivindicación social y de incorporación a la nacionalidad sino particularmente de encontrar fórmulas adecuadas y precisas para una futura integración de culturas”.²⁰ Despojada de toda amenaza de subversión para el orden social, la reflexión sobre el devenir cultural del país se respalda en bases teóricas y abstractas y toma el exclusivo camino artístico: el

20. Gustavo Correa, “La novela indianista de Mario Monteforte Toledo y el problema de una cultura integral en Guatemala”. *La cultura y la literatura iberoamericanas*. México: De Andrea, 1957, p. 184.

mestizaje alcanzará una proyección humanista a través de los estudios sobre las artes, la poesía, la arquitectura prehispánicas que van a florecer siguiéndole los pasos a Samuel Ramos y a muchos intelectuales en pos de la definición del ser mexicano.

Además de los dos estudios mencionados, *Crónicas de la Conquista* y *Mitos indígenas*, Yáñez desarrolla su visión en otro texto de 1944. “El contenido social de la literatura iberoamericana”,²¹ que sintetiza perfectamente la postura de la burguesía nacional de aquellos años. La literatura es, en este marco, elemento de construcción nacional y coadyuva a la constitución de una cultura mestiza en que las dos vertientes se equilibran y se complementan de modo armonioso y milagroso:

Quienes hablan de la superioridad hispana desprecian lo autóctono y atribuyen los males americanos al hibridismo resultante del mestizaje: según éstos, la civilización debió arrasar no sólo la barbarie sino a los bárbaros, previniendo la mezcla irreparable de lo excelente con lo vil, no sólo vil sino incapaz para cualquier virtud. Quienes, por lo contrario, exaltan la bondad indígena, la grandeza de las culturas nativas, el ritmo dichoso de la vida prehispánica, no ven más que podredumbre, codicia y fanatismo en el advenimiento de la llamada civilización europea y, por proceso semejante al de los otros, el mestizaje les parece nefasta contaminación de vicios, exenta de ventajas, y origen de un destino sórdido, inexorable.²²

21. Cfr. *Jornadas*, op. cit.

22. *Ibid.*, p. 20.

Rebasando ese seudo conflicto, Yáñez aboga por una fusión basada en las numerosas afinidades que habrían existido entre los autóctonos y los colonizadores permitiendo la reunión casi natural. Entre ellas destaca el idéntico concepto religioso de la existencia,²³ el sentido de la abstracción metafísica, el concepto paradójico de la existencia. Categorías borrosas y poco convincentes pues pecan de demasiado generales.

Culmina esa evocación de las semejanzas por una peculiaridad de los hispanos e indígenas en la expresión: una misma comunión en el Verbo y en la expresión (poética, plástica, artesanal) los reúne. Dicha afición

23. “El español y el indígena son capaces de sacrificar todo, inclusive hacienda y vida, por el cumplimiento de sus imperativos religiosos”. *Ibid.*

común permite que se realice sin ninguna dificultad el mestizaje ya desde los primeros tiempos de la Conquista, pareciéndose mucho los colonizadores a los autóctonos. Caía por su peso el mestizaje, sin choque ni conflicto. De hecho, dicha postura idealista implica la desaparición de lo indígena como originalidad y personalidad: de modo tácito se le asimila y se le desaparece hispanizándolo. Los autóctonos eran cristianos sin saberlo y por ende, la evangelización se llevó a cabo de modo palmario. Pone el énfasis en la colonización espiritual como fermento de unidad y creación:

La evangelización es el aliento creador en el acto del Nuevo Mundo; ni la música ni la pintura ni la mímica – con ser medios adecuados para el indígena, especialmente la pintura– pudieron cumplir tal oficio, del que fueron sólo coadyuvantes. El aliento creador vino de la palabra, empeñada en comunicar y fundar, con la fe, las virtudes cristianas: artesanía del nuevo espíritu – de la nueva sociedad– es la literatura correspondiente: oraciones, himnos, artículos de doctrina, sermones, composiciones en verso, representaciones dramáticas. Aun cuando lo artístico aparezca en muchas de estas formas – como sin duda en las crónicas también aparece – y reflejen el momento de la conjunción cultural, son prendas que se les dan por añadidura: su máximo valor está ligado con la empresa generadora, en la que sirven de instrumento eficaz.²⁴

24. *Ibid.*, p. 15

En esta sobrevaloración de lo cristiano se halla negado el indígena por cuanto es mero reflejo y proyección del advenedizo, prescindiéndose de los componentes históricos, sociales, políticos, étnicos. Creyendo definir la nacionalidad como confluencia de dos grupos. Yáñez de hecho presenta una colonización cultural o una “aculturación” al pie de la letra. Para él no existe problema étnico, la nacionalidad no es nada heterogénea sino que aparece como unidad constituida, bloque centrado en los referentes cristianos y en un hispanismo que da al traste con las realidades nativas.

Bajo disfraces proindígenas, la postura de Yáñez se revela no conscientemente hispanocentrista,

permaneciendo el mestizaje como fórmula retórica que oculta una voluntad de privilegiar la aportación cultural ibérica. El mestizaje sería la hispanidad transplantada en América (y modificada superficialmente por el traslado); la literatura latinoamericana desde sus inicios ya lo revela:

ya en el solo estilo, y desde sus principios, la literatura iberoamericana es mestiza, cuando es auténtica, condicionada, como está, por la realidad específica del Nuevo Mundo y por el proceso vital correspondiente, lo que se acentúa en medida del desarrollo histórico y del característico afán americano de independencia en todos los órdenes.²⁵

25. *Ibid.*, p. 20.

En realidad, dicho “mestizaje” no es nada más que una hispanidad que habría asimilado unos pocos elementos autóctonos periféricos, fraguándose casi mágicamente una simbiosis.

No deja de ser abusiva tal postura por sistemática y artificial. Así es como los escritos de Cortés y Bernal Díaz del Castillo llevan el cuño de un mestizaje sociológico y cultural:

Las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, la *Apologetica Historia* de Bartolomé de Las Casas, los *Naufrajos* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, las *Crónicas peruanas* de Pedro Cieza de León, la *Suma y narración de los incas* de Juan de Betanzos, la *Argentina* de Martín del Barco Centenero, son algunas de las mayores muestras de este mestizaje: tierra y vida extrañas que se hacen propias, en las que se infunde sudor, sangre, codicia, dolor y amor propios, y de las que va surgiendo la forma real producida en sueños y esfuerzos, quizás no con la fisonomía que se deseaba.²⁶

26. *Ibid.*, p. 20-21.

Mestizaje realizado míticamente, pero a partir del preponderante elemento hispánico. Incluso cuando reconoce Yáñez la presencia de lo indígena en la formación de la nacionalidad mexicana (atribuyéndole

de hecho papel decorativo y arqueológico) proclama un hispanismo rotundo: renunciar a España sería “renegar de la España eterna, la de Cervantes y Velázquez; renegar de Virgilio; dar la espalda a Platón y Homero, al Partenón y a la Victoria de Samotracia”.²⁷ Además de diluir el legado ibérico en la cultura occidental, Yáñez “recupera” en provecho de su tesis hispanista a algunos defensores de lo indígena, nueva hazaña intelectual que tiene que ver con cierto malabarismo mental: Las Casas, “héroe batallador” o “caballero andante”²⁸ en realidad encarna la verdadera conciencia hispánica,²⁹ “la mayor excelencia del cristianismo” y es vector de la ley evangélica, ley del imperio, de los valores humanísimos de la hispanidad respaldados en el altruismo, la valentía y la fe. Más que mestizo, su ideal es del “más cabal americano”, superación de un mestizaje desvanecido ante un iberoamericanismo que está surgiendo:

El criticismo ético, inexorable aun para lo más querido, es la dimensión perpetua de Bartolomé de Las Casas; y, con el realismo metafísico de su pensamiento, la aportación de mayores consecuencias en la génesis del Nuevo Mundo. Ligado con América por afecciones anteriores al descubrimiento, Y luego por la entrega total de vida y pasión, Bartolomé de Las Casas es uno de los grandes creadores del *ethos* americano. El estilo del apóstol es, una buena parte, el estilo del continente.³⁰

Retomando el hilo vasconceliano, Yáñez subraya un ideal iberoamericano basado en el respeto a la persona humana y en la elevación del pensamiento, vehiculados ambos por los valores cristianos:

El ideal de una Iberoamérica establecida sobre la soberanía de la persona humana y el bien público, es decir: sobre bases de libertad y justicia, con severo espíritu crítico adverso a toda especie de abuso y detención. Ideal éste hacia el que se orienta la historia de cuatro siglos y por el que trabaja una casi no interrumpida corriente literaria, que viene de las cartas, apologías, relaciones, tratados,

27. Agustín Yáñez, “¿Existe la cultura mexicana? ”. *México en la Cultura*, suplemento cultural de *Novedades*. México, 15 de julio de 1951, p. 1.

28. *Fray Bartolomé de Las Casas, el conquistador conquistado*. México: Xóchitl (Serie Vidas Mexicanas), 1942.

29. “El pretendido antiespañolismo de Las Casas es puro y acendrado españolismo”. *Ibid.*, p. 124.

30. *Ibid.*, p. 190.

31. "El contenido social de la literatura iberoamericana", art. cit., p. 16.

controversias, peticiones, arbitrios, capitulaciones, ordenamientos eclesiásticos y civiles, procesos jurídicos, opuestos al régimen de violencia que afectó a Iberoamérica desde sus orígenes.³¹

La realidad iberoamericana – recalca Yáñez – es mestizaje fundamental, signo de una unidad profunda (hispanica) del continente:

Y si – sobre cualquier factor – lo que constituye la nacionalidad es el asentimiento o el consentimiento colectivo a creencias, ideas, formas de voliciones, juicios de valor, prácticas de vida, con peculiar sentido de programa y empresa comunes, de aspiraciones proyectadas hacia el futuro y enraizadas en el pasado, Iberoamérica – esta gran nación dividida en muchos estados, por azares de su espíritu – se nos revela, libre de fronteras políticas y de contingencias regionales, en las categorías de aquellos personajes que, por obra del arte, han alcanzado perennidad y encarnan los diversos estratos de la realidad histórica e ideal del mundo por quien Darío vaticinó que 'habrán de cantar nuevos himnos, lenguas de gloria'.³²

32. *Ibid.*, p. 45.

La literatura (y el arte en general) constituye la piedra de toque de este espíritu iberoamericano cuyas raíces "latinas" (en la continuidad de Vasconcelos y Ramos) asoman en el escrutinio del escritor jalisciense. Índice y expresión genuina, las letras iberoamericanas son elemento constructor, fundador, de la colectividad, "artesanía del nuevo espíritu". Cualquier mensaje social puede ser traducido en el lenguaje de la emoción estética y las obras de ficción son a menudo excelentes expresiones de las tendencias de una sociedad:

Preferimos las referencias a obras de imaginación, dando por supuesto general que se las escribe con espíritu menos expuesto a acciones transitorias, principalmente políticas o económicas, a diferencia del ensayo, del discurso y del panfleto. Lo que no quiere decir que no reflejen entre sus inmediatas circunstancias la realidad política y económica que pesa sobre el medio en que se producen; antes bien, las condiciones de libertad que se supone las favorecen, les ayudan a ser más fiel trasunto del ambiente que las determina.

La intuición específicamente artística tiene la virtud de calar los más profundos estratos de la realidad, en anchura que quizá no pueda igualar nunca por sí sola ninguna técnica científica. Independiente del resultado estético, el rendimiento de contenido social en las obras maestras del arte constituye uno de los ángulos incommovibles del conocimiento humano.³³

33. *Ibid.*, p. 18.

Esta primacía de la “facultad emocional” es otro artículo de fe en el programa de Yáñez. Se da con toda vigencia en la literatura como en las realizaciones plásticas y es indicio de un mestizaje milagrosamente realizado bajo los auspicios de la sensibilidad y de la emoción. Prevalece la visión estética, como la otra cara de un humanismo cristiano. Excusado es decir que la perspectiva de Yáñez aparece lastrada de un idealismo feroz, muy ajena a los conflictos que sacudieron durante siglos a una nación en trance de construcción: lo indígena, asimilado a lo hispánico por la común referencia de valores éticos, desaparece de hecho y Tonantzintla viene siendo el símbolo de una fusión abstracta y milagrosamente realizada. Ilusiones y acto de fe de un filósofo cristiano que no logra entender las dificultades del choque entre continentes y culturas.